

'Dolly' o la domesticación del azar

JOSE MARIA MARDONES

Ya tenemos la primera oveja clónica. Es la crónica de un suceso anunciado, porque la ciencia y la tecnología acaban haciendo aquello que son capaces de hacer. Y justamente aquí comienza el problema y la preocupación, más allá del suceso concreto de Dolly.

La situación y el problema que anuncia Dolly es la del no control de la ciencia y la técnica por parte de la sociedad actual, es decir, por nosotros, los humanos de hoy en día. Se reitera, una vez más, que vivimos en una sociedad donde los peligros ya no se sitúan fuera de nosotros, en la naturaleza; están insitos en los mismos dinámismos de la sociedad moderna. Hoy, como vienen anunciando tantas llamadas de atención, son los elementos impulsores de la sociedad moderna nuestros más graves peligros y amenazas. El peligro generalizado que nos envuelve nos viene de la explotación de la naturaleza ligada a un desarrollo industrial y económico que amenaza a la misma subsistencia de la biosfera; del denominado complejo tecnológico militar que conduce, con sencillez lógica, a provocar o utilizar los conflictos más o menos potenciales para usar y vender sus armas; de la burocracia, que siempre ve la posibilidad de multiplicarse en clonaciones orientadas a poner orden, y que introduce un control más disfuncional sobre nuestras vidas: en breve — ya parece anunciarse en algunas compañías aseguradoras inglesas —, usará los adelantos de la genética para afinar en el control de sus clientes, supuesta la posibilidad de cáncer, infarto, etcétera.

En suma, somos cada vez más conscientes de la sociedad del riesgo (U. Beck) en



que vivimos. Los seres humanos de finales del segundo milenio hemos redescubierto a la diosa Fortuna; nos rodea el azar y el riesgo, lo indeterminado e incontrolado. Esta-

mos de nuevo ante la experiencia, fascinante y terrible, de lo indisponible.

¿Cómo se puede conjurar el riesgo? Quizá la ciencia y la tecnología, con Dolly a la cabeza, hagan la experiencia de que no es posible domesticar el azar. Los intentos por racionalizar y domesticar el azar terminan por descubrir nuevos factores incontrolados o por producirlos. Esto es especialmente cierto cuando se trata de seres humanos. La biología no es todo, ni siquiera el pretendido determinismo genético. Podemos, para atisbarlo, dar rienda suelta a nuestra fantasía e imaginar la clonación de seres humanos: centenares o docenas de Einstein, de Hitler, de San Juan de la Cruz o de Ronaldo o Kasparov. ¿Pero quién nos aseguraría que en los avatares de la educación y socialización, en una sociedad cada vez más plural y lábil en referentes, se quieran dedicar unos a la ciencia y la religión, otros a la política, al fútbol o al ajedrez? ¿Qué podría salir de tal experimento? Desde luego, nada de lo previsto.

La ciencia y la tecnología han terminado por ofrecernos, junto a grandes logros, su faz peligrosa e incluso tenebrosa. Enunciamos, cada vez con más fuerza verbal y más impotencia real, que *no todo lo que se puede hacer se debe hacer*. Pero los principios éticos muestran su debilidad ante una sociedad y una tecnología que no nos da tiempo ni a debatir si es bueno o no el tener ovejas o terneras clonadas y, sobre todo, que se anticipa, por la vía de los hechos, a cualquier reflexión.

Vamos descubriendo una salida como la más razonable ante el riesgo que nos envuelve: *cambiar de estilo de vida*. La única

manera de ser responsables en una sociedad donde los mismos dinámismos internos desembocan en la incertidumbre y en el riesgo de las consecuencias perversas, es elevando el nivel de participación y de responsabilidad moral. Y ésta cada vez camina más por la vía de la *autorrestricción inteligente* (J. Habermas). Es decir, ya tenemos suficientes experiencias para deducir el principio de que una vida humana, digna de tal, no se puede realizar sobre el principio de la libertad irrestricta. En nada. Se requiere el autocontrol, la autolimitación inteligente basada en la discusión de aquello que se pueda generalizar para bien de todos, especialmente los más vulnerables o desprotegidos, y sobre el diálogo acerca de las formas o estilos de vida que verdaderamente nos ayuden a ser más humanos. La ciencia y la tecnología pueden y deben ayudar a ello, pero ellas solas no tienen la palabra. Deben ser citadas aquellas disciplinas y saberes donde el hombre y los valores, las concepciones y visiones del mundo y de la vida están en el centro de sus preocupaciones. Una llamada a un diálogo democrático de sabiduría y prudencia humanas.

Dolly no plantea sólo un problema puntual acerca de la ética o no de los seres clónicos, sino que nos enfrenta a todo un replanteamiento moral de nuestra vida en la modernidad tardía. De lo contrario no daremos respuesta al desafío que ahí se anuncia. Pero la pregunta entonces se complica: ¿querremos realmente enfrentar el desafío? ¿Podremos?

José María Mardones es filósofo, miembro del Instituto de Filosofía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC).

TRIBUNA ABIERTA

Las reclamaciones de las galerías vascas

PETRA PEREZ

Por razones que probablemente pertenecen al imaginario social, el campo de intervención y ordenación, sus dimensiones y una errónea valoración de su incidencia en otros procesos de desarrollo económico-social, hacen que el espacio de la industria del arte quede convertido en el escenario exhibicionista y festivo de actuaciones que no corresponden al propio campo o, cuando menos, sólo le pertenecen de forma parcial. Las formaciones económico-culturales — como son las galerías de arte —, y más cuando nos encontramos inmersos en procesos de globalización, se debaten entre la ineficacia del desconocimiento administrativo y la herencia de la identidad que rechaza de plano cualquier vínculo entre lo económico y el nombre propio. Razón y sentimiento parecen ser elementos de difícil relación si no media entre ellos una razón de convergencia, que ésta sí ha de encontrar su motivación en la identidad y que a su vez, como todo el mundo sabe, puede convertirse y de hecho lo hace en razón económica. Un bucle que, por desgracia, no adorna la frente de ninguno de aquellos que debieran asumir sus propias responsabilidades políticas.

Cuando Agace ha intentado un acercamiento de diálogo con la Administración, a través de sus representantes en Lakua, ha obtenido una impresión de provisionalidad, ignorancia y la sensación de haberse equivocado de interlocutor en el diálogo establecido. Y esto por tratar de hablar desde el optimismo, porque de otra manera es muy probable que las cosas reclamarían otras palabras para alcanzar un mínimo de objetividad. Parece claro que el área de Cultura no es la *ventani-*

lla adecuada, o por lo menos la única, para la problemática de las artes plásticas en una sociedad que se pretende post-industrial con aspiraciones de acceder a un orden económico más amplio, como es el concierto internacional. Kafiiano parece, a estas alturas, que la *argumentación maestra* de la Administración vasca, cuando tiene ante sí las reclamaciones de las galerías vascas, sea que éstas son un *negocio privado*; lo cual pone en evidencia que se parte de un principio de no responsabilización, de no incumbencia, por lo que el *no reconocimiento* de un sector importante en el normal desarrollo del fenómeno del arte contemporáneo, al ser colocado en el descampado del área administrativa por el interlocutor de turno, nunca puede ser valorado como diferencia y de esta manera las solicitudes y reclamaciones entran en relación directa con las buenas voluntades exhibidas y las subjetividades más paternalistas.

Por la evidente diferencia de planteamientos esgrimidos en otras *ventanillas* y que ilustran de algún modo lo que venimos diciendo, pueden servir las opiniones del consejero Javier Retegi cuando valora muy positivamente la figura del empresario vasco, *«verdadera vanguardia de la recuperación económica»*, y destaca la consolidación de la *«existencia»* de una política industrial vasca que tiene a gala haber llegado a acuerdos importantes con empresas vascas y foráneas para la creación de proyectos industriales. También el portavoz de EA, Rafael Larreina, ha instado al Ejecutivo a seguir una línea que permita a las empresas mejorar su situación financiera para poder consolidarse. Este punto es muy importante por lo que se refiere a la consolidación, pues

es el caballo de batalla de la estructura galerística vasca, que no puede acoger y retener el valor que ha contribuido a crear, con lo que su trabajo no tiene posibilidad alguna de rentabilidad y se ve condenada a administrar carencias propias y ajenas. ¿Qué se puede decir de un Gobierno que voluntaria y sistemáticamente ignora en sus proyectos a un sector implicado directamente?

El área de Cultura no es la ventanilla adecuada para las artes plásticas

Si hoy en los mentideros especializados de la gestoría cultural del reino se habla de la salud del arte contemporáneo en Euskadi, entra dentro de cierta lógica que se reclame la parte que les corresponden a aquellas galerías que han soportado lo más ingrato del proceso de consolidación: sus inicios. Las condiciones específicas del arte contemporáneo en Euskadi en cuanto a estructuras museísticas se refiere y que han servido para *avaluar* decisiones controvertidas como el establecimiento del Museo Guggenheim en términos de eficacia y rentabilidad, no puede hacer olvidar la cuota de responsabilidad que les compete en la constitución de esta crítica situación. No es de recibo esgrimir la competitividad y la adecuación como argumentos paradigmáticos, que no lo son, propios de ejecutivos

de provincia, máxime cuando las situaciones se desarrollan y se transforman a lo largo del tiempo y encierran en su interior un cierto grado de previsibilidad. El borrón y cuenta nueva se asocia a actitudes dictatoriales aunque vengan disfrazadas de buen pensar del príncipe o en su versión apocalíptica.

La actuación del Gobierno vasco en lo que concierne al Guggenheim recuerda aquello que Marx escribía: *«Ese Gobierno que no toma de noche las decisiones que quiere ejecutar durante el día, sino que decide y ejecuta de noche»*. El Gobierno nos ha convertido a todos en espectadores, incluidos los más directamente afectados, de un proyecto que se caracteriza por haber sido ejecutado en el mayor de los secretos y haber utilizado lo que se ha dado en llamar técnicas de desinformación, o lo que es lo mismo, información controlada que no obligatoriamente encuentra correspondencia con lo real. ¿A qué se debe tanto oscurantismo que no contenta sino a aquel que cree estar en el secreto y puede encontrar beneficios por ello? Es opinión de Agace que todo proyecto acometido por la administración ha de tener por principio una total transparencia, lo que en el caso del Museo Guggenheim requiere hacer públicos los criterios empleados en la Colección Guggenheim Bilbao; hacer públicos los nombres de los responsables de la selección y la gestión de compra; y transparencia en las adquisiciones.

Petra Pérez representa a la Asociación de Galerías de Arte Contemporáneo de Euskadi.